



Fraternidades Marianistas de Madrid

Ciclo de Formación Común 2013 - 2014

Tema 1º

- A) **Guión de contenido:** LA INDIFERENCIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD POSTMODERNA. *LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA*

Introducción

1. El ateísmo práctico
2. La descristianización
3. La indiferencia religiosa
 - ¿Qué es la indiferencia religiosa?
 - Tipos de indiferencia religiosa
 - Factores que fomentan la indiferencia religiosa
 - Un fenómeno nuevo y sorprendente
 - Dificultades para evangelizar a los indiferentes
 - Actuación pastoral frente a la indiferencia religiosa
4. Religiosidad a la carta

B) Guión de trabajo.



LA INDIFERENCIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD POSTMODERNA¹

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA

Introducción

Guillermo José Chaminade utilizaba frecuentemente la expresión «indiferencia religiosa» para referirse a la situación en que se encontraba Francia en su tiempo. Cuando Diego Tolsada me encomendó esta conferencia, me decía que también nosotros hablamos de indiferencia religiosa, «pero es evidente que las circunstancias y el contenido de la expresión han cambiado». No me pidió que expusiera lo que el P. Chaminade entendía por indiferencia religiosa, sino que «tomando como base sus intuiciones fundamentales, reflexionara sobre lo que significan hoy».

Aunque el encargo no fuera desarrollar lo que el P. Chaminade dijo en su momento histórico –algo que, por otra parte, siempre haría mejor un marianista–, necesitaba conocerlo con un mínimo de precisión, para hablar sobre el rostro que presentan hoy los fenómenos que en su tiempo eran todavía incipientes. No olvidemos que nuestro hombre era ya sacerdote cuando estalló la Revolución Francesa, y de esto han pasado más de doscientos años.

He utilizado para ello un trabajo de Juan Manuel Rueda titulado *Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la indiferencia religiosa*². Tras recopilar los escritos en que aparece esa expresión, el autor llega a la conclusión de que el P. Chaminade llamaba «indiferencia religiosa» al olvido de Dios en la vida práctica, aunque teóricamente se admita su existencia», como ocurría en el caso de los deístas. Se caracterizaba por tres elementos distintos pero íntimamente relacionados: 1) Dios deja de estar presente en la vida cotidiana; 2) la razón se considera a sí misma superior a la fe, viéndose capaz de guiarse a sí misma sin prestar atención a la religión; y 3), al

¹ Conferencia pronunciada el 18 de octubre de 2011.

² J. M. RUEDA, «Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la indiferencia religiosa», en *Mundo Marianista* 3 (2005), pp. 301-484. (También, J. M. RUEDA, *Guillermo José Chaminade y el pensamiento moderno. Crítica a la indiferencia religiosa*. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2006).

decidir el hombre por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo, la moral se corrompe.

Con toda razón decía Diego Tolsada que hoy han cambiado las circunstancias y el contenido de las realidades mencionadas por el P. Chaminade. Por lo pronto, al «olvido de Dios en la vida práctica, aunque teóricamente se admita su existencia» no lo llamamos indiferencia religiosa, sino ateísmo práctico. En cuanto a ese conjunto de realidades que el P. Chaminade llamaba «indiferencia religiosa», hoy se englobarían mejor bajo el nombre de «descristianización», de la cual la indiferencia propiamente dicha es un elemento fundamental y, desde luego, mucho más extendido que entonces.

En consecuencia, mi exposición tendrá cuatro partes: primero recordaré brevemente qué es el ateísmo práctico, en segundo lugar analizaré el fenómeno de la descristianización, me centraré después en la indiferencia religiosa –que es el tema deseado por los organizadores– y por último diré algo de esos otros fenómenos que el P. Chaminade relacionaba con ella y hoy presentan un rostro bastante diferente al de entonces.

Conviene aclarar que las diversas posturas que iremos viendo (ateísmo práctico, indiferencia, religiosidad a la carta, etc.) responden a lo que Max Weber llamaba «tipos ideales». Los «tipos reales» no están tan claramente delimitados, porque entre unos y otros existen fronteras bastante porosas. Pero una cosa debería estar clara para nosotros: ese conjunto de fenómenos tan complejo pone de manifiesto que el mensaje de la Iglesia no consigue llegar ya a muchos hombres.

1. El ateísmo práctico

El ateísmo práctico es la actitud de todos aquellos que, sin negar la existencia de Dios, viven *habitualmente* como si no existiera; es decir, que han organizado su vida en función de un sistema de valores del que Dios está ausente. Nótese que he subrayado la palabra «habitualmente»; de lo contrario todos seríamos ateos prácticos en algún momento de nuestra vida, a excepción quizás de los santos.

Conviene aclarar que no debemos identificar en absoluto ateísmo práctico con inmoralidad, aunque quizás en otro tiempo lo hicimos. Existen, por una parte, ateos prácticos cuya vida es intachable desde el punto de vista moral, o bien porque consideran posible fundamentar la moral sin Dios, o bien porque permanecen fieles –ya sea por costumbre o por temperamento– a unos valores que no sabrían justificar teóricamente. Ya decía Nietzsche que el cristianismo se sobrevive a sí mismo como moral. Por otra parte, hay muchas personas que viven una

conducta gravemente inmoral y, sin embargo, de ningún modo son ateos prácticos, porque tienen conciencia de pecado, lo que indica que Dios no está ausente de sus vidas.

2. La descristianización

Entendemos por «descristianización» el retroceso de la fe cristiana en los pueblos o ambientes donde estaba implantada. Según esa definición, la descristianización es un fenómeno colectivo. A los individuos se les puede debilitar la fe o incluso perderla, pero quienes se descristianizan no son los individuos, sino los pueblos o los ambientes. Y no cualquier pueblo, sino aquellos en los que la fe cristiana había arraigado ya; es decir, donde existía una Iglesia local enraizada en la cultura, con un laicado y un clero nativo plenamente responsables de la Iglesia en el lugar.

En las últimas décadas los países europeos en general, y España en particular, hemos asistido a un proceso de descristianización tan fuerte que han saltado todas las alarmas y se cuentan ya por centenares las publicaciones sobre el futuro del cristianismo. Una de las más difundidas se titulaba provocativamente: *¿Somos los últimos cristianos?*³ Su autor, el dominico Jean-Marie Tillard, empezaba pasando revista a los motivos por los que planteaba esa pregunta. Aun cuando estaban tomados del contexto eclesial canadiense, son bastante semejantes a los nuestros:

Los bancos de las iglesias –decía– están cada vez más vacíos y ocupados por personas cuyos cabellos son cada vez más blancos, de tal modo que se suprimen parroquias. Los seminarios se quedan desiertos...

El proceso de descristianización en nuestro país se aceleró a partir de la década de los sesenta del pasado siglo. He aquí cómo ha evolucionado en el último medio siglo la autoidentificación religiosa de los españoles:

³ J. M. TILLARD, *Sommes-nous les derniers chrétiens?* Anjou (Québec), Fides, 1997 (ed. catalana: *Soms nosaltres els últims cristians?* Barcelona, Claret, 1998).

AUTOIDENTIFICACIÓN RELIGIOSA DE LOS ESPAÑOLES

	1965 (Fuente Demoscopia)	2007 (Fuente: Investiga. Antes Gallup)
Católicos practicantes	83	36'3
Católicos no practicantes	15	37'5
Pertenecientes a otra religión	0	4'5
Indiferentes	-	10'8
No creyentes (ateos e indiferentes)	2	9'7
NS/NC	0	1'8

Como vemos, la mayor parte de los que han dejado de ser católicos practicantes no han pasado a engrosar las filas de los ateos y agnósticos, sino las de los católicos no practicantes y los indiferentes. Como observó tiempo atrás Pedro González Blasco, los estudios sociológicos muestran notables diferencias en cuanto a los porcentajes de ambas categorías («indiferentes» y «católicos no practicantes»), pero curiosamente la suma de ambos grupos suele mantenerse constante. Eso le hacía pensar que ambas categorías son prácticamente coincidentes y sus fronteras son tan porosas que una misma persona puede declararse indistintamente «católico no practicante» o «indiferente». Si damos por buena esta hipótesis, el porcentaje de indiferentes en materia religiosa llegaría casi al 50 % de la población (exactamente el 48,3 %).

3. La indiferencia religiosa

Coincido con Pedro González Blasco en que probablemente una misma persona puede dudar si identificarse a sí misma como «católico no practicante» o como «indiferente». En mi opinión, esto se debe a que la categoría de indiferente religioso no es en absoluto tan clara como podría parecer. Pasemos, pues, a analizarla.

¿Qué es la indiferencia religiosa?

¿Indiferencia respecto a qué? ¿Solo respecto al catolicismo, pero no respecto a otras religiones? ¿Quizás respecto a todas las religiones particulares, pero no respecto a la religión misma? ¿O bien indiferencia respecto a cualquier manifestación religiosa, tanto en sus formas institucionalizadas como en el reducto íntimo del individuo?

Parece que la indiferencia religiosa, en sentido estricto, solo puede referirse a cualquier manifestación de religiosidad, pero, en tal caso, necesitamos precisar qué entendemos por religión.

Algunos encierran la religión dentro de unos límites muy estrechos; tan estrechos que prácticamente identifican la religión con su religión. Es obvio que esto no resulta aceptable.

Otros, con un criterio más amplio, dicen que lo esencial de la religión es la relación con Dios (según la etimología más frecuente, «religión» viene de *religatus*). Pero tampoco esto carece de problemas, porque algunas religiones tradicionales (por ejemplo, ciertas formas del budismo) son ateas y no postulan la existencia de un dios personal.

Ante ese panorama, muchos recurren hoy a la descripción fenomenológica o antropológica de la religión, describiéndola como los esfuerzos por resolver los problemas de la finitud y el sentido último de la vida. Paul Tillich, por ejemplo, afirma que

la religión es el estado de quien ha sido poseído por una preocupación de carácter último, preocupación que confiere a todas las restantes un carácter preliminar y que contiene en sí misma la respuesta a la pregunta por el sentido de nuestra vida.

Panikkar, a su vez, considera que

el fin de toda religión es salvar o liberar al hombre. No importa cómo interpretemos esta salvación o liberación, pero lo cierto es que la religión es siempre el medio por el que el hombre llega a su destino.

Pero me temo que, definiendo la religión en términos tan amplios y vagos, acabemos vaciándola de cualquier contenido identificable. De hecho, partiendo de su definición, Paul Tillich calificó de «cuasi-religiones» a ideologías seculares como el comunismo o el fascismo, que en los años treinta se convirtieron para mucha gente en el interés último de su vida, ocupando el lugar de Dios. Y hoy se ha vuelto un lugar común entre los sociólogos hablar de las «religiones sin Dios» (la «religión de la Humanidad», la «religión civil», algunas formas extremas de nacionalismo, la «religión de la ciencia», etc.), con lo cual acabaríamos concluyendo que todos los seres humanos son religiosos de algún modo y, por tanto, no existiría la indiferencia religiosa.

Después de analizar las ventajas e inconvenientes de las diversas opciones, creo que será preferible quedarnos con lo que la mayoría de la gente entiende por religión. El *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, la define como el

conjunto de las creencias sobre Dios y lo que espera al hombre después de la muerte, y de los cultos y prácticas relacionados con esas creencias.

Alguien dijo mordazmente que, si damos suficiente tiempo a los intelectuales, después de discutir mucho, acaban llegando siempre a lo que los demás sabían ya. Pues bien, según esto los indiferentes en materia religiosa, en sentido estricto, son aquellas personas para las cuales carece de interés saber si Dios existe o no porque, aun en el supuesto de que existiera, no sería para ellos un valor digno de tener en cuenta.

Cuando analizamos las formas actuales de increencia vemos que las actitudes más frecuentes no son el ateísmo o el agnosticismo sino la indiferencia; personas que

ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso⁴

En aquel libro inolvidable de José María Gironella titulado *100 españoles y Dios*⁵, Ana María Matute contestaba así a la pregunta «¿Cree vd. en Dios?»:

Nunca pienso en eso, la verdad. Te confieso que ando más preocupada por la falta de escuelas, el salario mínimo, la guerra de Vietnam o los suspensos de mi hijo.

La increencia del futuro parece orientarse más bien hacia esas formas apacibles y despreocupadas que hacia negaciones comprometidas y militantes. De hecho, la impresión que transmiten ciertos ambientes que podríamos llamar agnósticos, es de una benévola y cortés indiferencia frente a la religión.

Para los indiferentes el problema religioso ocupa un lugar modesto en su jerarquía de intereses. Dios, exista o no, no es un valor, algo que cuenta. Son hombres y mujeres que –diciéndolo con una fórmula famosa de Tierno Galván– viven «perfectamente instaladas en la finitud». Como observó alguien, el «viejo profesor» estaba tan perfectamente instalado en la finitud que, suponiendo que sintiera algún malestar, era porque la finitud necesitaba ser mejorada, pero no porque tuviera que ser trascendida (no es que deje de haber contradicciones –decía–, pero «la contradicción no excede al mundo»). Por desgracia, en los países opulentos es cada vez más frecuente un tipo de hombre tan satisfecho que ni siquiera espera mejoras de la finitud.

Tipos de indiferencia religiosa

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* 19b.

⁵ J. M. GIRONELLA, *100 españoles y Dios*. Barcelona, Planeta, 1969.

Podríamos distinguir dos grandes tipos de indiferencia religiosa que, en realidad, nunca se dan en estado puro.

a) *Indiferencia por alejamiento progresivo*. Este es el caso de los católicos no practicantes que, según dijimos más arriba, están tan próximos a la indiferencia que a veces ellos mismos dudan cuál de los dos términos emplear para identificarse a sí mismos. Estrictamente, los católicos no practicantes todavía no son indiferentes, pero están deslizándose por la pendiente que conduce a la indiferencia.

Algunos de ellos están incluso más cerca del ateísmo que de la misma indiferencia. Es lo que Danièle Hervieu-Léger ha llamado «pertenecer sin creen». ¿Por qué se consideran «católicos» si no practican la religión católica? Sin duda, por razones culturales.

Nietzsche –que se enorgullecía, como es sabido, de haberse emancipado del cristianismo– expresó con absoluta claridad la imposibilidad de «olvidarlo» en el aforismo 344 de *La Goya Ciencia*, titulado «También nosotros somos aún piadosos», cuando decía:

Nuestra fe en la ciencia descansa, en definitiva, en una fe metafísica; también los cognoscentes de ahora, los impíos y antimetafísicos, tomamos nuestra llama del fuego que ha encendido una fe milenaria, ese credo cristiano, (...) según el cual Dios es la verdad y la verdad es divina....

En el mismo sentido, cuando Benedetto Croce –ateo y anticlerical, como es sabido– publicó su famoso artículo «¿Por qué no podemos no llamarnos “cristianos”?», no se estaba refiriendo a un cristianismo religioso sino a un cristianismo cultural. Por eso hizo muy bien escribiendo entre comillas la palabra «cristianos».

El alejamiento progresivo de la Iglesia puede deberse a una deficiente iniciación cristiana. Las personas que no han tenido una buena iniciación cristiana y carecen de experiencia personal de Dios, es lógico que, dejándose arrastrar por el ambiente, vayan abandonando la práctica religiosa.

Otras veces ocurre que el lenguaje y los signos religiosos resultan opacos para la mentalidad actual. Un mensaje y unos signos no comprendidos llevan al abandono de la práctica religiosa.

Muchas veces el alejamiento se debe a decepciones y heridas producidas por la institución religiosa.

Pero, sea cual sea la causa del alejamiento, al abandonar la práctica sacramental y oracional, llega un momento en que se pierde toda

sensibilidad por las cuestiones religiosas, del mismo modo que un órgano que no se ejercita acaba atrofiándose.

b) Indiferencia religiosa por sustitución psicológica. Son personas que se consagran con gran pasión a una determinada tarea –los negocios, la profesión, la militancia política, etc.– y esta va desplazando poco a poco a las cuestiones religiosas hasta que caen en la irrelevancia.

El orden es lo de menos. Unas veces se comienza por negar a Dios y en seguida hacen su aparición los ídolos (en opinión de Nietzsche, los ídolos, como una especie de sombra nostálgica de Dios, pervivirán durante mucho tiempo, resistiéndose al espíritu desacralizador del hombre moderno). Otras veces se comienza por entronizar ídolos en el corazón y desalojan a Dios. En su lucha antirreligiosa, Comte vio con lucidez que el olvido de Dios exigía reemplazarlo por algo que ocupara su lugar, porque –decía– «no se destruye lo que no se reemplaza».

Factores que fomentan la indiferencia religiosa

Veamos ahora qué factores fomentan la indiferencia religiosa, tanto si se trata de una indiferencia por abandono progresivo como si se trata de una indiferencia por sustitución psicológica. Hablamos de «factores» —mejor que de «causas»— porque ninguno de ellos lleva necesariamente a la indiferencia, aunque predisponen a ella. De hecho, también otras personas están bajo la influencia de los factores que vamos a ver y conservan la fe.

a) La secularización de la sociedad. Las sociedades tradicionales se caracterizaban por la simplicidad; eran un todo único integrado por la religión. Parecía como si nada pudiera funcionar sin ella: los reyes gobernaban en nombre de Dios, la moral se fundamentaba en la religión, se intentaba curar las enfermedades con novenas y exorcismos, se asperjaban los campos con agua bendita para que produjeran buenas cosechas, etc. etc. En cambio, las sociedades modernas –mucho más complejas– se han dividido en una serie de subsistemas (económico, político, cultural, etc.) que ya no parecen necesitar de la religión: Cada uno de ellos se rige por una racionalidad propia y relativamente autónoma. Dicho con palabras de Durkheim,

poco a poco, las funciones políticas, económicas y científicas fueron independizándose de la función religiosa, se constituyeron aparte y adquirieron un carácter temporal cada vez más acusado. Dios, si así cabe expresarse, que en un principio estaba presente en todas las relaciones humanas, progresivamente se va retirando; abandona el mundo a los hombres y sus disputas.

De este modo la religión se ha convertido en un subsistema más, del que se espera únicamente que aporte a los individuos bienes de carácter espiritual (consuelo, paz interior, serenidad frente al «más allá», etc.); subsistema que, por otra parte, la mentalidad pragmática ha devaluado notablemente. En la *Encyclopaedia Britannica*, por ejemplo, hay un artículo dedicado a la conversión, pero no se refiere a la conversión religiosa, sino a la conversión de las monedas. En una sociedad secularizada es más importante la conversión de las libras esterlinas en dólares que la conversión del hombre a Dios. Nada tiene de extraño que los dominados por esa mentalidad pragmática vayan poco a poco desinteresándose de la religión.

b) *El activismo y la falta de interioridad.* Las sociedades modernas se caracterizan igualmente por la hiperactividad. Llega al extremo de que no pocas personas presumen de no haber tomado vacaciones desde hace muchos años. Pues bien, creo que, entre los factores más plausibles de la indiferencia religiosa, habría que señalar el activismo, que «no es simplemente exceso de actividad; es actividad sin alma» (Mons. Uriarte).

Es posible que a la gente le guste tanto el bullicio y el ajetreo para no tener ocasión de pensar en sí mismo, de dónde viene, a dónde va, etc. Convendría pasar revista a la multiplicidad de sollicitaciones inmediatas que «divierten» (en sentido pascaliano) al hombre de la civilización técnica. Por ejemplo, alguien ha escrito que «ver la televisión dos horas diarias, por término medio, es incompatible con el desarrollo y el mantenimiento de una espiritualidad cristiana. El consumo de televisión redundaría en detrimento del silencio, de la conversación y de la oración». Si esto fuera cierto, debemos echarnos a temblar, porque en España nos acercamos a las cuatro horas diarias de media en 2009.

Ciertamente, cuando toda la familia está absorta ante el televisor viendo *Física* y *Química* o cuando un domingo por la mañana vemos a los hombres lavar sus coches en un barrio popular, leer el periódico y jugar con los niños, resulta difícil evitar la impresión de que estamos ante un mundo tan satisfecho de sí mismo que ya no necesita nada más.

c) *El pluralismo religioso.* La existencia de muchas religiones diferentes en las sociedades multiculturales empuja en algunos casos a un sincretismo religioso que combina de modo caprichoso elementos procedentes de diferentes credos –de esto hablaremos más tarde– y en otros casos a la indiferencia.

Por eso parece muy importante una concientización crítica frente a la gran cantidad de ofertas de informaciones, ofertas de sentido y modelos de identificación que hoy nos solicitan.

d) Por último, debemos decir que en muchos casos *la indiferencia misma resulta contagiosa*. Un ambiente de indiferencia religiosa suele ser más corrosivo para la fe de los creyentes que los ataques virulentos contra sus creencias. Un personaje de Duhamel observa:

Si mi padre hubiera hecho alarde de una irreligión agresiva, hubiera sin duda conquistado mucho menos a su compañera; tal vez incluso hubiese desencadenado ardores de proselitismo. (...) Pero no; mi padre demostraba, por las cosas de la fe, esa indiferencia cortés, ese asentimiento exterior que se debe considerar, más que los furros anticlericales, como un presagio alarmante en la historia de una religión.

Un fenómeno nuevo y sorprendente

La indiferencia religiosa es completamente distinta al ateísmo. Los ateos se han planteado la existencia de Dios y han llegado a la conclusión de que no existe. Además, muchos ateos sienten profunda hostilidad hacia Dios y hacia la religión, porque, en su opinión, son dañinos para la humanidad. Por lo tanto, en ningún modo son «indiferentes» en cuestiones religiosas.

De hecho, la indiferencia religiosa es un fenómeno radicalmente nuevo, que en tiempos pasados habría sorprendido a los ateos mismos. Veamos cómo ha evolucionado la reacción de la humanidad ante la posibilidad de que Dios desapareciera de su horizonte mediante tres testimonios, separados cada uno del siguiente aproximadamente por cien años.

El primer testimonio es del famoso «Discurso del Cristo muerto» que escribió Jean Paul en 1796. La sola sospecha de que Dios pudiera no existir fue vivida por él como una angustiada pesadilla. En su novela *Siebenkäs*, el protagonista sueña que está en un cementerio frente a una iglesia en ruinas durante una noche de tormenta. Los muertos salen de sus tumbas y se reúnen frente al altar, donde yace un hombre que quiere levantarse y no puede: sus miembros se le desprenden, y luego todo él se derrumba hecho pedazos. En ese momento, apareció Cristo, y...

Todos los muertos gritaron:

–¡Cristo! ¿No hay Dios?

El respondió:

–No lo hay... He recorrido los mundos, he subido a los soles y he volado con las galaxias por los desiertos del cielo; pero no hay ningún Dios. He bajado tan hondo como el ser proyecta sus sombras, he mirado en el abismo y he gritado: «Padre, ¿dónde estás?» Pero no oí más que el eterno huracán, que nadie gobierna, y el arco iris brillaba al oeste centelleando sobre el abismo, sin un sol que le hubiera creado. Y cuando dirigí mi mirada al mundo infinito buscando el ojo divino, él fijó en mí su cuenca vacía y sin fondo; la eternidad reposaba sobre el caos y lo roía y rumiaba... y todo quedó vacío.

Entonces partía el corazón ver llegar al templo a los hijos muertos, que se habían despertado en el cementerio; se arrojaron ante el noble personaje y dijeron:

–¡Jesús! ¿No tenemos padre?

Y él respondió con los ojos llenos de lágrimas:

–Todos somos huérfanos; vosotros y yo estamos sin padre....

Pero el *Discurso del Cristo muerto* no es para Jean Paul nada más que un sueño, una pesadilla atea; y al despertar del terrible sueño y comprobar que nada de eso era verdad, se siente embargado por un júbilo radiante:

Mi alma lloraba de alegría de poder adorar de nuevo a Dios; y la alegría y las lágrimas y la fe eran mi oración. Y cuando me levanté, el sol brillaba tras las repletas espigas purpúreas.

Para Nietzsche, cien años después, algo ha cambiado: la desaparición de Dios no es ya un sueño, sino un dato adquirido. Pero lo que no ha cambiado es el terrible impacto que semejante convicción provoca en él:

¿Preguntáis qué ha sido de Dios? –gritó–. ¡Os lo voy a decir! ¡Lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! ¿Cómo fue esto? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde se desplaza ella ahora? ¿Adónde vamos? ¿Nos vamos alejando de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un costado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del vacío? ¿No hace ahora más frío que antes? ¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche? ¿No es preciso ahora encender linternas en pleno día?....

Pasan otros cien años –ya estamos en la época contemporánea– y encontramos que tanto quienes aceptan su existencia como quienes la niegan, suelen hacerlo con bastante indiferencia:

La mayoría de nosotros –escribe Erich Fromm– cree en Dios y damos por sentado que Dios existe. El resto, que no cree en Dios, da por sentado que Dios no existe. De cualquier modo se toma a Dios por cosa admitida. Ni el creer ni el no creer producen noches de insomnio ni ningún interés serio. En realidad, no hay ninguna diferencia entre que un hombre de nuestra cultura crea en Dios o no crea, lo mismo desde un punto de vista psicológico o verdaderamente religioso. En ambos casos, no se preocupa ni de Dios ni de la solución del problema de su propia existencia.

Ortega –que, como es sabido, no creía en Dios– era incapaz de comprender semejante frivolidad, escribe:

Nunca olvidaré que cierto día, en el Ateneo, me confesó un ingenuo ateneísta que él había nacido sin el prejuicio religioso. Y esto me lo

decía, poco más o menos, con el tono y el gesto que hubiera podido declararme: «Yo, ¿sabe usted?, he nacido sin el rudimento del tercer párpado». Semejante manera de considerar la religión es profundamente chabacana. Yo no concibo que ningún hombre, el cual aspire a henchir su espíritu indefinidamente, pueda renunciar sin dolor al mundo de lo religioso; a mí, al menos, me produce enorme pesar sentirme excluido de la participación en ese mundo.

Lógicamente, si la indiferencia en cuestiones religiosas extrañaba a los ateos, mucho más extraña (o debe extrañar) a los creyentes. A Pascal, por ejemplo, le parecía normal que hubiera creyentes y ateos, pero le sorprendía profundamente que pudiera haber personas indiferentes ante Dios. De hecho, calificaba a los indiferentes de «extravagantes criaturas»:

Establezco una gran diferencia entre los que se afanan con todas sus fuerzas por conocerlo (a Dios) y los que viven sin preocuparse ni pensar en ello.

Solamente puedo sentir compasión por aquellos que gimen sinceramente en esta duda, que la consideran como la mayor desgracia y que, sin perdonar nada para salir de ella, hacen de esta búsqueda sus principales y más serias ocupaciones.

Pero a quienes se pasan la vida sin pensar en este supremo fin de la vida (...), los considero de una manera muy diferente.

Esta negligencia en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me apena: me asombra y me espanta; es para mí una monstruosidad. (...) No encuentro palabras para calificar a tan extravagante criatura.

(...) No hay más que dos clases de personas a las que podamos llamar razonables: las que sirven a Dios con toda su alma porque lo conocen y las que lo buscan con toda su alma porque no le conocen.

Pero en cuanto a los que viven sin conocerle y sin buscarle, se consideran a sí mismos tan poco dignos de su interés que no son dignos del interés de los demás, y hay que tener toda la caridad de la religión que desprecian para no despreciarles hasta el extremo de abandonarles a su locura.

En 1817, Hugues Félicité Robert de Lamennais publicaba la primera parte de su obra en cuatro volúmenes *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, que probablemente influyó en el P. Chaminade cuando en 1821 empezó a denominar «indiferencia religiosa» a la situación que vivían los franceses en su tiempo. Ya en la «Introducción» manifiesta Lamennais la preocupación que le produce la indiferencia religiosa de aquel tiempo:

El siglo más enfermo no es el que se apasiona por el error, sino el que descuida y menosprecia la verdad.

Todavía queda fuerza, y por consiguiente esperanza, mientras se advierten violentas sacudidas; pero cuando se extingue todo movimiento, cuando cesa de latir el pulso y el frío se apodera del corazón, ¿qué se puede esperar sino una próxima e inevitable disolución?

Dificultades para evangelizar a los indiferentes

Entre las dificultades con las que hoy tropieza la evangelización, ocupa un lugar central el hecho de tener que anunciar la Buena Nueva de Jesús a un mundo no evangelizado, ciertamente, pero post-cristiano. En un inédito de 1885-1886 escribió Nietzsche:

Nosotros ya no somos cristianos, hemos superado el cristianismo, porque hemos vivido no demasiado lejos de él y sí demasiado cerca, pero sobre todo porque es de él de donde hemos salido.

Es por eso un mundo lleno de prejuicios contra el cristianismo. Nunca insistiremos bastante sobre la gravedad del hecho de que nuestros contemporáneos piensan que conocen a fondo de qué se trata, y no les interesa. Después de muchos años de prácticas rutinarias, más o menos forzadas por la presión familiar, el cristianismo tiene una «imagen de marca» –por usar la expresión de David Ogilvy que tanto éxito ha tenido en el mundo de la publicidad– deformada.

Pero hay algo peor: debemos anunciar el Evangelio no solo en un mundo poscristiano, sino también posateo. Y no solo desde el punto de vista antropológico, sino también desde el punto de vista pastoral, la indiferencia es, sin duda, peor que el ateísmo, porque es mucho menos accesible al diálogo religioso. Frente a las objeciones del ateo cabía siempre ensayar respuestas más acertadas de las que dimos en el pasado, pero ante la ausencia de preguntas del indiferente no se sabe qué podemos hacer.

Eso lo vio lúcidamente Dostoyevski. El protagonista de *Demonios*, Stavroguin, movido por un deseo que no comprende muy bien, se decidió a confesar sus crímenes. No ocultó al sacerdote que estaba muy lejos del arrepentimiento, pues era ateo. Pero, ante su sorpresa, este le respondió con benevolencia:

El perfecto ateísmo es más estimable que la indiferencia. El perfecto ateísmo está en lo más alto de la escalera, en el penúltimo escalón que lleva a la fe (el problema está en saber si pasará al otro escalón o no), mientras que el indiferente no tiene ninguna fe.

Actuación pastoral frente a la indiferencia religiosa

Tan grave es lo dicho en el apartado anterior que deberíamos abandonar cualquier intento de evangelizar el indiferentismo religioso, si no fuera porque, como dijimos al principio, aquí estamos hablando de «tipos ideales»; no de tipos reales: el indiferentismo religioso en «su forma pura» no se da en la práctica.

En mi opinión, la estrategia pastoral con los indiferentes consistirá en tratar de «convertirlos» de momento al agnosticismo. Como dice Caffarena,

si estar en la indiferencia significa no ver a Dios ni siquiera como problema, el llegar a verlo como problema, aunque sea como problema irresuelto, es un paso de muy positivo progreso.

Si no fuera por el divertimiento del que hablábamos más arriba, no tendría que resultarnos difícil.

En cierta ocasión se acercó un discípulo a un rabino y le preguntó:

–Antes había hombres que veían el rostro de Dios. ¿A qué se debe que ahora ya no existan tales hombres?

La respuesta del rabino fue:

–Porque hoy ya nadie quiere andar encorvado, mirando a la tierra.

Aquí radica la dificultad, en efecto. Porque la cuestión del sentido se plantea, para quienes saben mirar a la tierra, en cualquier situación: ante el ataúd de una persona querida (¿de verdad el amor que nos teníamos era tan solo un conjunto de reacciones químicas en el cerebro que desaparecen con el último latido del corazón de carne?), ante la cadena de montaje (¿para qué vengo todos los días a la fábrica? Para ganar dinero. ¿Y para qué quiero el dinero? Para vivir. ¿Y para qué quiero vivir? ¿Y...?), etc.

Por eso la catequesis, y en general la educación de la fe, están procurando –con certera intuición– integrar en su discurso una fuerte carga de reflexión antropológica.

4. Religiosidad a la carta

Decíamos al principio que, según el P. Chaminade, el prototipo del indiferente religioso eran los deístas que, si bien no habían abandonado oficialmente la Iglesia, no compartían ni sus dogmas ni sus exigencias éticas.

Actualmente esa religiosidad a la carta está mucho más extendida que hace doscientos años. Como vimos más arriba, se consideran católicos el 73,8 % de los españoles, aunque algo más de la mitad se declaran «no practicantes». Sería lógico suponer, por lo tanto, que habrá como mínimo un 73,8 % de españoles que comparten los dogmas cristianos. Pues bien, no ocurre eso en absoluto. Fijémonos en el siguiente cuadro:

CREENCIAS DE LOS ESPAÑOLES
(Encuesta Europea de Valores 2008)

Dios:	73,0 %
Vida después de la muerte:	41,2 %
Cielo:	41,2 %
Infierno:	27,3 %
Pecado:	43,6 %

Son personas que creen, pero «lo que a ellos les parece bien», sin que eso les impida considerarse católicos. Generalmente, la religiosidad a la carta de nuestros días no se debe al racionalismo ilustrado, como en el caso de aquellos deístas a los que aludía Guillermo José Chaminade, sino al individualismo expresivo.

Frente al individualismo clásico, vinculado a las teorías del contrato social, existe un «individualismo expresivo», según el cual cada persona posee un núcleo único de sentimiento e intuición, que es necesario desarrollar o expresar para alcanzar la individualidad. Ese individualismo expresivo ha dado origen a nuevas formas de religiosidad muy adelgazadas doctrinalmente y escasamente institucionalizadas, que se caracterizan por un notable peso del subjetivismo y de la afectividad. Sheila, una enfermera entrevistada con motivo de un famoso estudio sobre la cultura norteamericana actual, dijo muy gráficamente que su religión era «el sheilaísmo. Una vocecita solo para mí».

Como Sheila, muchas personas se consideran capacitadas para encontrar por sí mismas las respuestas que necesitan a su búsqueda de sentido y frecuentemente lo hacen combinando elementos procedentes de distintas tradiciones religiosas. Eso no impide que muchas de esas personas se identifiquen a sí mismas como cristianas y creyentes, pero se sienten libres ante las obligaciones religiosas tradicionales de tipo ritual, ante el magisterio de la Iglesia, y ante cualquier intromisión de esta en lo que consideran su intimidad: el sexo, el cuerpo, el placer y la vida.

Ayer se decía: *Roma locuta, causa finita*. Por eso, cuando en 1898 preguntaron por sus creencias a Ferdinand Brunetière, un famoso crítico literario francés, contestó: «¿Lo que yo creo? ¡Id a preguntarlo a Roma!». En cambio, en este tiempo de individualismo expresivo puede haber hablado Roma, sin que por eso quienes se identifican a sí mismos como cristianos y católicos se sientan obligados a hacer suyas sus enseñanzas.

La cultura del individualismo expresivo supone un desafío particularmente fuerte para la Iglesia Católica, que está muy institucionalizada. Desde luego, no podemos aceptar que la fe cristiana

sea una sustancia plástica que cada cual podría modelar a su antojo, pero tampoco debemos dar la impresión de que un individuo en la Iglesia no es nada más que una masa de un millón dividida por un millón. Es, por el contrario –como dijo Rahner hace ya sesenta años–

una unicidad absolutamente irreplicable, irremplazable, que jamás puede reducirse a un caso y a una regla. Lo que el cristiano piensa en la mayoría de las cuestiones, lo que lee y reza, su vocación personal, el camino que toma hacia la perfección, etc. son decisiones que, por principio y de manera esencial, la Iglesia nunca debe confiscar.

Además de las normas universales de moralidad, cada individuo necesita escuchar una llamada que Dios le dirige solo a él y que, sin contradecir nunca las normas generales, no puede deducirse jamás completamente de ellas. Es sabido que la primera semana de los ejercicios ignacianos termina con una pregunta del ejercitante, que es la formulación de un deseo muy profundo: ¿Qué debo hacer por Cristo a partir de ahora?; pregunta a la que Jesús responde siempre «a cada uno en particular». Para captar esa llamada única existe un «arte» –en el sentido que los antiguos daban a esta palabra– llamado tradicionalmente «discernimiento de espíritus».

Hay formas de docilidad en la Iglesia que no merecen admiración, porque son en realidad una dimisión de esa exigencia de discernimiento personal. Como dice Rahner, manifiestan más bien

un colectivismo de los corazones que no es energía creyente y convicción viva, adquirida por una decisión personal, sino debilidad de corazón.

Guión de trabajo



LA INDIFERENCIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD POSTMODERNA

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA

Tras la lectura completa del texto, te proponemos las siguientes sugerencias para la reflexión personal y diálogo con tu fraternidad:

- Por lo leído y reflexionado: ¿Es posible pensar que la interpelación que se recibe desde una reflexión religiosa formulada seriamente, dificulte la aproximación a un compromiso religioso?
- ¿Puedes identificar entornos cercanos (familiar,...) en los que el “pasotismo” o la indiferencia religiosa esté presente? Piensa en personas de estos entornos ¿puedes hablar sobre este tema con serenidad y respeto? ¿Tienes experiencia de haber generado alguna inquietud?
- ¿Qué imagen “doy” como miembro de un movimiento laico Católico? ¿Es atractiva para iniciar un diálogo sobre el tema religioso? ¿Lo dificulta?
- Piensa en las personas que a lo largo de tu vida, te han ayudado para no ir por la *deriva* que conduce a la indiferencia religiosa: ¿quiénes son?, ¿cómo son?, ¿en qué se parecen y diferencian? ¿qué puedes destacar en ellas? ¿en qué te pereces a ellas?